





Actor, galán y declamador reaparece en nueva obra de historiador del teatro chileno.

## Flores, en el jardín de los buenos recuerdos

Corría por avenida Maipo, con el sombrero de un viejo barril y la correa de un alcebre.

Jugaba maní-fútbol con el dueño de las medias de una abuelita del vecindario. Y ocupaba tímidamente a los carros, con su reclinar sobre rieles y el arriero de romances-epidílicos.

Burlaba al bofetazo para subir a la galería del teatro Esmeralda. O del Coloso. O alguna vez del clásico Campesino.

Preparaba de pantalón corto y suspensorios, ya leía las crónicas de Nathaniel Yáñez Silva y de Daniel de la Vega. Y desde la sombrero de las butacas, aplaudía a los autores que — tras conquistar aplausos y coronas en el teatro — salían a los barrios capitalinos.

El mito — Mario Cáncopa Guzmán — recortaba fotografías de los diarios, atrapeaba autógrafos en las calles, imitaba a los protagonistas de las obras de fama.

En realidad de artículos, conoció a Alejandro Flores.

Lo siguió por todos los escenarios. Aunque al comienzo no lo dejaba bajar a plaza, vio en mal ocasiones sus obras, con asistencia a las películas y a las invitaciones.

Y hoy retrata su vida de

actor, galán y declamador en "Alejandro Flores, Gloria y Ómnio", con el respaldo de editorial La Noche.

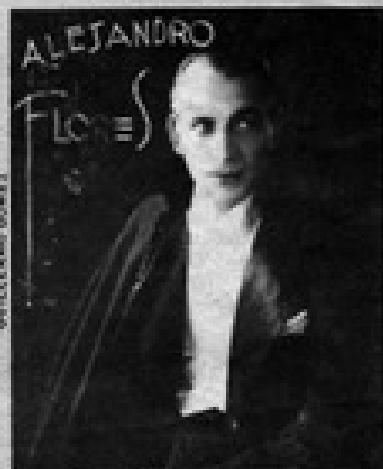
Cáncopa Guzmán trabaja con seguridad en el teatro nacional. Recopila, investiga, recorta, consulta. De las libérras pasó a las letras. Y ya ha publicado *Historia del teatro chileno. La ópera en Chile. El teatro social y obrero. Crónicas para el recuerdo. El Teatro Municipal en sus 125 años.*

A Flores lo conoció desde la galería, junto a obreros que corrían tandas de arrollado, empujados que pedaleaban con el pedaleo de turno y chicos que notaban con ver su nombre en las marquisetas.

—Después lo encontré en la Sociedad de Autores. Iba a su camarín, conversaba con él, o lo visitaba en su casa, en Santa Rosa 525, donde tenía pegadas fotos de la patria. Enrique Illanes lo estaba representando desde el año 30 y lo conseguía teatro y circuitos. Fue la mano derecha para mí libro, ya que me dio fotos de Alejandro Flores joven en Buenos Aires y en otras ciudades. El actor trabajó allí con las primeras figuras. Se vino en 1927 y dictó charlas y contó anécdotas.



Mario Cáncopa retrata vida y conquistas de un actor que comenzó a Chile.



### GALÁN ESTERNO

Un año después — galán fino, conquistador de las tablas y de los corazones femeninos, de las críticas y de las aventuras —, formó la primera compañía con Carlos Cariola, presidente de la Sociedad de Autores. No abandonó la escena hasta su muerte, en enero de 1962.

Cáncopa trata su retrato humano, sin rigor estereotipado ni esquemas críticos:

—Un galán que talló al escenario como quien está en la casa. Fue uno de los primeros en dar la espalda al público, porque era de una naturalidad trágica en la confianza. Déficit, bueno para las morillas. No se quedaba razonando en el papel dramático, pues dominaba también las comedias. ¡Y para qué decir el clásico...? Interpretó obras chilenas y francesas. Cariola escribió «Estos muchachos de 50

años» para él. Hizo más de 300 representaciones: un récord para una época sin televisiones, facilidades de desplazamiento ni subvenciones.

Mario Cáncopa saca gran provecho del almacén de sus recuerdos:

—En el teatro antiguo había que buscar la ropa, el repertorio, construir el decorado. Maíz por el loco era un hoyo que dejaban en el decorado, porque había que circularlo para trasladarse a provincias.

Rememora la amistad de Alejandro Flores y Rafael Frontaura. A la orilla del teatro, de la noche y del periodismo. Intimidó sin distinción de vínculo.

—Una vez pelearon. Frontaura viajó a Francia y Flores le dijo: "Tómate Topazo. Era un profesor medio de las óperas, que se enamoró de la querida de un gestor. Comenzó a armarlo y se quedó hasta con la amante. Frontaura tuvo la obra, la hizo traducir por Francisco Le Dantec, director de "El Mercurio" de Valparaíso, y la presentó. Flores se dignó."

Enrique de Rosa y su compañía llegaron a Santiago, desde Argentina. Lo quebró el conflicto de los primeros actores. Y Byron Gigoux Jara —director entusiasta de LAS ÚLTIMAS NOTICIAS, arriesgable promotor de la cultura— organizó una comedia en el día. Invitó a Flores y Frontaura. Entre vermes, cocacinas y botellas, se reconciliaron. Para siempre.

Cáncopa rescata una anécdota, para cerrar el libro. Ocurrió poco después de la muerte de Flores:

—Su sobrino, Octavio Andrea Walton, es igual, con la misma voz de barítono. Luchó Córdoba y Octavio Leguía presentaron una obra de Gustavo Campaña, ambientada en el año 30. De pronto, la poesía comenzó: "Hay un recitador nuevo, que se llama Alejandro Flores. Y aquí está". Apareció Andrea. Detrás de mí butaca estaba Frontaura. No pudo soportar la emoción y prorumpió en llantos al evocar a su amigo. Es que los actores de antes tenían corazón.

● Por Enrique Ramírez Casado.

# **Flores, en el jardín de los buenos recuerdos [artículo]**

## **Enrique Ramírez Capello.**

Libros y documentos

### **AUTORÍA**

Ramírez Capello, Enrique

### **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1986

### **FORMATO**

Artículo

### **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Flores, en el jardín de los buenos recuerdos [artículo] Enrique Ramírez Capello.

### **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

### **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile